

periódicamente. En Octubre de 1898 estas reuniones se celebraron en Strasburgo, y asistieron á ellas 1.733 oyentes, de los cuales 631 eran eclesiásticos y seminaristas, lo cual prueba el gran interés que entre el clero católico alemán despiertan estas cuestiones sociales, y explica en gran parte la eficacia de su apostolado.

«Yo he visto — dice uno de los asistentes á las reuniones de Strasburgo — sentados en los mismos bancos, ante las mismas mesas, los alumnos del seminario, los estudiantes de derecho y de medicina, jóvenes salidos de las escuelas de comercio y de industria, el dependiente de los grandes almacenes, el obrero de fábrica, el aprendiz, la mayor parte provistos de sus cuadernos de estudio, haciendo un resumen de las relaciones y exposiciones, presentando dificultades y ensayándose en el uso de la palabra, y he sacado la impresión de que este curso social constituye una grande escuela, abierta á todas las buenas voluntades, accesible á todas las inteligencias, verdadero plantel de donde saldrán mañana los representantes del pueblo» ¹.

¹ H. Cetty; discurso antes citado.

CAPITULO VI

El clero católico alemán.

I. Intervención del clero católico en la política. — II. Parte que toma en las elecciones y en las reuniones electorales. — III. La prensa periódica actual y los católicos. — IV. Admirables esfuerzos del clero católico alemán para dar incremento á la prensa católica y desarrollo sorprendente de ésta.

I

Si en toda obra católica es al clero á quien corresponde la dirección, porque su misión es la de enseñar y dirigir al pueblo cristiano, hasta tal punto que, como ya en otro lugar hemos dicho, es completamente absurdo el llamarse católico y anticlerical, porque el ser anticlerical es sinónimo de ser anticatólico, siquiera otra cosa enseñen al pobre vulgo, lo mismo al vulgo de blusa que al de levita, los impíos que cuentan con su candidez para el éxito de sus predicaciones, haciéndole creer en distingos con los que le engañan mejor y le llevan á la impiedad más derechamente, en la obra realizada por los católicos alemanes corresponde al clero católico la principal gloria, y no se

dejar de sentirle horror, no para dejar de sentir sus efectos; y ejerce sugestión irresistible sobre los que por el hecho de entregarse á su lectura se constituyen en discípulos suyos.....

»Por eso *es un traidor y un suicida* el católico que niega todo auxilio á la prensa católica y coopera al sostenimiento y difusión de la prensa enemiga.»

IV

El clero católico alemán comprendió desde luego la trascendental importancia que hoy tiene la prensa periódica, y á la prensa periódica acudió para defender con ella los fueros de la verdad, y los católicos todos supieron en este punto cumplir sus deberes de tales.

En el Congreso católico de Maguncia celebrado en 1892, decía Posch: «El congreso es un examen de conciencia tanto para las asociaciones como para los individuos; cada uno debe preguntarse si ha cumplido sus deberes de ciudadano católico; sobre todo, es preciso que se formule esta cuestión: ¿Entra en mi casa un periódico católico? Todo el que no esté abonado á un diario del Centro, que se apresure á reparar esta falta suscribiéndose enseguida»¹.

En 1870 eran 50 los periódicos católicos que se

¹ Kannengieser: *Ketteler y la organización social en Alemania*, capítulo II, B, párr. 5.º

publicaban en Alemania, pero eran en mayor número y más leídos los periódicos hostiles al Catolicismo, á cuyo sostenimiento contribuían muchos católicos, á quienes no faltaban pretextos para justificar su conducta, en la mayor parte puramente rutinaria, y á que hasta los pretextos desaparecieron se dirigieron los esfuerzos de aquel clero, que no dudó en hacerse periodista arrojando los peligros de la persecución que esto había de proporcionarle, y entonces figuraron sacerdotes á la cabeza de la mayor parte de los grandes periódicos católicos, que llegaron á adquirir una circulación asombrosa y á desalojar á los periódicos hostiles de las posiciones que en las casas de los mismos católicos habían tomado, y merced á este trabajo durante el Kulturkampf, es decir, desde 1870 á 1880, los periódicos católicos se aumentaron de 50 á 109, número que aún se ha hecho mayor después.

Al escribir Kannengieser su obra *Los católicos alemanes*, eran 450 los periódicos católicos que se publicaban en toda la extensión del imperio, debiendo advertirse que en este número no estaban comprendidos los que, por sus tendencias católicas ó por su respeto hacia el Catolicismo, no eran mercedores del nombre de enemigos, sino los que eran franca y ostensiblemente católicos; número verdaderamente considerable, si se tiene en cuenta que los católicos no constituían más que la tercera parte de la población total del imperio (unos 17 millones); que algunos de esos periódicos de carácter político tiraban dos ediciones diarias, y que varios llegaron á tener 20.000 suscriptores; siendo

de advertir que este estado floreciente de la prensa católica, lejos de decrecer, siguió en aumento cuando la persecución contra el Catolicismo dejó de ser violenta y fué poco á poco disminuyendo.

Claro está que esta prosperidad era á costa de la prensa neutra ú hostil á la Iglesia, que veía disminuir el número de sus suscritores y morir muchos de sus periódicos, y de ahí la persecución empeñada que, á la prensa católica y al clero que la inspiraba, hacían con encono los periódicos no católicos.

«Como tenían de su parte el poder, llamaron la violencia en auxilio de la astucia y de las maniobras clandestinas; los procesos verbales llovían en las redacciones, donde el vicario escribía tranquila y valerosamente sus artículos y sus manifestos; las multas eran el pan nuestro de cada día, y la prisión lo acechaba detrás de cada columna de su periódico. Si se supiera el número de meses que los vicarios periodistas han estado bajo llave, todo el mundo quedaría estupefacto.»

«Nuestros redactores—decía el abate Schaedler en el Congreso de Coblenza—viven en prisión. En invierno y en verano se les ha hecho gustar la fresca humedad de Plätzenser y de otras mazmorras encantadoras. En ellas han fabricado papalinas y mondado guisantes y habichuelas; pero ellos no han abatido su cabeza ni aun ante el hombre que hacía humillarse á todo el mundo. ¡En eso consiste nuestro orgullo y nuestra alegría; los vicarios periodistas merecen toda nuestra gratitud!» Algunos de estos valientes habitar muchas veces cada año la celda que en otros países se reserva á

los ladrones y asesinos; mas, á pesar de rigor tan inaudito, no han callado una sola verdad que debieran decir, ni dulcificado una crítica que les pareciera necesaria ó simplemente útil. Algunos dejaron allí la vida, y otros conozco que han arruinado irremisiblemente en la prisión su salud; pero desde el momento en que se trataba de los intereses de la Religión, el *Presskaplan* no economizaba sacrificio alguno, y repetía cada mañana al Gobierno, aun á peligro de su vida, el *non licet del Evangelio*»¹.

No se contentó el clero para combatir por la buena causa con redactar en los periódicos católicos, sino que emprendió con empeño una campaña de que aquí estamos muy necesitados, que fué la de procurar que los católicos dejasen de cooperar con su suscripción al sostenimiento de la prensa antirreligiosa ó neutra, más perjudicial, á veces, que la misma prensa impía, y que, si con frecuencia manifiesta respetos y adhesión á la buena causa, es para, con mayor autoridad ante los ojos de sus lectores, motejarla cuando lo tiene por conveniente; y no perdonó medio para convencer á los católicos que, bien por prejuicios, ó por costumbre, seguían siendo lectores de esos periódicos, de que debían suscribirse á periódicos católicos y rechazar los de opuestas tendencias, y de que los anuncios que tuviesen que publicar los enviasen á esos mismos periódicos católicos, y su perseverancia consiguió en esto excelentes re-

1 Kannengieser: *Los católicos alemanes*, cap. II, párr. 5.º

sultados, de los que es buena prueba el pasmoso desarrollo que la prensa católica obtuvo.

La importancia y desarrollo de esta prensa en Alemania es, en efecto, verdaderamente extraordinario, y propio para avergonzar á los católicos españoles, que suelen ser los primeros en negar su concurso á la prensa que sostiene y propaga sus propias ideas, por no haberse muchos de ellos dado cuenta de que la prensa periódica es hoy una necesidad social, y de que es un arma terrible que es indispensable esgrimir, y que, si no la empleamos para la defensa de la verdad, nos herirá de muerte, inoculando por todas partes el veneno de los mayores errores. Solamente en la ciudad de Colonia, habitada por 20.000 personas, hay cinco periódicos católicos, entre ellos la célebre *Gaceta Popular* (*Volkzeitung*), que publica tres distintas ediciones diarias, dirigidas todas ellas á distintos suscriptores, y las cinco reunidas alcanzan una tirada de 100.000 ejemplares.

CONCLUSIÓN

La historia referida del Kulturkampf prusiano es la misma historia de siempre; sin otro cambio que el nombre de los personajes, es el relato de lo que hoy acontece, es lo mismo que se repetirá en lo sucesivo. La repugnante persecución que hoy padece la Iglesia en Francia, es la reproducción del Kulturkampf prusiano y el modelo que veremos cualquier día trasladado á España, que ya muchos han tratado de plagiar servilmente hasta desde las esferas del poder y que no tendrá otras diferencias que las que le presten el salvajismo canallesco de nuestros sectarios; las causas del conflicto entre la Iglesia Católica y sus enemigos son y serán siempre las mismas; los jacobinos de hoy no son sino meros plagiarios de los jacobinos de ayer; ellos invocan la libertad para practicar la más irritante tiranía; abusan de las palabras de significación más elevada para encubrir las pasiones más bajas y repugnantes y para animar así á los malvados á que los secunden y á los imbéciles á que los crean y los aplaudan; pero el re-

puede referir la historia de este período de persecución y de renacimiento del Catolicismo en Alemania sin hablar, en primer término, de aquel celoso é ilustrado clero.

Referido queda en el precedente capítulo cuál fué la intervención que el clero tuvo en todas esas instituciones sociales, con las que se ha contribuido, más que con cualquier otro medio, á poner un dique al pujante socialismo en Alemania; vamos á estudiar brevemente al clero alemán, como periodista y como político.

Es algo así como verdad axiomática entre una gran parte de los españoles que el clero no debe mezclarse en política, y mientras los partidos no se proponen como fin esencial de su programa la defensa de los intereses católicos, ó tienen un cierto carácter de bandería dentro del mismo campo católico con ciertos ribetes de exaltación que les presta nuestro carácter, no falta razón para pensar así; pero en Alemania, en que los intereses políticos de los católicos van mezclados con los religiosos, y en que la lucha en el campo político había que sostenerla con partidos franca y abiertamente anticatólicos, el clero pudo tomar, y tomó de hecho, una parte activa, no sólo en la organización en general del partido católico y en las luchas electorales, sino formando parte de los mismos parlamentos y tomando en sus discusiones una participación activa é importantísima, hasta tal punto que bajo su dirección, y merced á su impulso, el Centro católico ha logrado los grandes triunfos que en su historia cuenta; y es que aquel clero no tenía en estos trabajos su mira puesta en

ser instrumento de las ambiciones personales de ste ó el otro político, ó en estar al servicio de unas edinastía determinada, sino en hacer triunfar lo intereses de la Iglesia, que son los intereses de la verdad y de la justicia, y esto con un gran espíritu práctico, exento de exageraciones que separan de la realidad y conducen á la impotencia.

Claro está que esta intervención inmediata y activa del clero católico no de todos merecía aprobación, y contra ella se dirigían censuras y sátiras incesantes por los que sufrían las consecuencias de esta actitud. ¡Cómo había de parecer bien esta intervención á los protestantes y liberales enemigos del Centro católico cuando ella era la principal causa de los triunfos de éste, según sus propios adversarios reconocían! Si no es posible servir á dos señores, y el clero alemán estaba al servicio de Jesucristo, había de encontrar necesariamente ruda oposición en los que sirven á Lucifer.

En la época en que Kannengieser publicaba su obra *Los católicos alemanes*, había cerca de 50 eclesiásticos que pertenecían á los diversos parlamentos del imperio; solamente en el Reichstag había 23, entre los cuales se encontraban figuras de la magnitud del abate Hitze, de quien ya hemos hablado y á quien el emperador Guillermo II hizo entrar en su Consejo de Estado, y otros eminentes oradores y hasta insignes obispos ¹.

¹ Del actual Reichstag forman parte 15 sacerdotes católicos y 2 lament^o 2 pastores protestantes.

II.

Para obtener este resultado, el clero católico tiene que tomar una actitud resuelta y moverse con gran actividad en las contiendas electorales. Al aproximarse las elecciones casi todos los obispos dirigen una pastoral á los fieles recordándoles sus deberes de ciudadanos católicos, y recomendándoles que no den su voto sino á los candidatos católicos también, y estas pastorales se leen y comentan por el clero en la iglesia. ¡Qué cosas dirían nuestros jacobinos, que aceptan la libertad sólo en lo que á ellos les favorece, si nuestro clero hiciese algo parecido á esto! Estos graciosos liberales que consienten y hasta aplauden el que se diga, y dicen ellos mismos, todo género de horrores contra todo lo divino y lo humano, y que proclaman la libertad de la cátedra, no pueden tolerar esa libertad de la cátedra del Espíritu Santo, y niegan al sacerdote los derechos que conceden á cualquier ciudadano, y, ¡ay de él! si se le ocurre decir algo contra lo que ellos llaman liberalismo; y es lo más gracioso que ejecutan generalmente estas opresiones inauditas al grito de: ¡Viva la libertad!

Fuera de la iglesia el sacerdote alemán interviene en reuniones electorales, y hasta las dirige, toma en ellas la palabra y ejerce la inmensa influencia que es consecuencia natural de su saber, de sus virtudes, y de las obras sociales que sostiene y dirige, y que le permiten estar en comunicación constante con las masas populares.

«En las localidades mixtas — dice Kannengieser ¹, — despliega aún mayor actividad, porque el peligro es allí más apremiante. No falta á menudo un sacerdote que se desliza en las reuniones electorales de sus adversarios, aún en las de los socialistas, y atento á lo que se dice, está pronto á coger la mentira al vuelo y ahogar la calumnia en su mismo antro. La campaña electoral del mes de Febrero de 1890 ha ofrecido muchos ejemplos de esta especie; relataré dos que me parecen típicos:

»Yerbede es un pueblecillo casi del todo protestante de la circunscripción de Bochum. El candidato nacional liberal, Mullensiefen, fué á la localidad para pronunciar un discurso-programa, y no encontró nada mejor para empezar que una violenta arenga contra «las doctrinas inmorales de los jesuitas». Confiaba en el éxito de este arma de grueso calibre; más he aquí que un vicario, el abate Vächter, se levanta de repente, pide la palabra, y presenta osadamente al orador las tres cuestiones siguientes:

- »1.^a ¿Habéis visto á un jesuita?
- »2.^a ¿Habéis asistido al sermón de un jesuita?
- »3.^a ¿Habéis leído un libro de un jesuita?

»Mullensiefen se turbó y buscó una escapatoria; pero llamado á la cuestión por el intrépido vicario, vióse obligado á responder negativamente. El abate Vächter casi obtuvo una ovación de aquella asamblea, mitad protestante, y el orador liberal se retiró furioso y confuso.

¹ Los católicos alemanes, cap., II, párrafo 4.^o

² Un jacobino español en igual caso hubiera asegurado que conocía intimamente á todos los jesuitas del mundo.

«Los jesuitas son ordinariamente el caballo de batalla de los fanfarrones liberales; su «moral relajada» sirve de tema ó de pretexto á las venenosas elucubraciones de la mayor parte de los candidatos.»

«En Duisburgo una hoja liberal había afirmado que los jesuitas enseñaban el principio: «El fin justifica los medios», y esta mentira fué repetida en diversas reuniones electorales. Al punto un vicario, el abate Richter, publicó la declaración siguiente:

»1.º Si un profesor de la facultad de derecho de Heidelberg ó de Bona señala la obra de un jesuita que contenga en cualquier forma el citado principio, me comprometo á pagarle mil marcos.

»2.º Todo el que de palabra ó por escrito atribuya esta monstruosidad á los jesuitas sin presentar las pruebas, es un infame calumniador.

»Aunque publicado muchas veces consecutivas, el reto no fué aceptado, y los liberales de Duisburgo quedaron convencidos de calumnia.»

Para ejercer esta acción bienhechora en el terreno político, el clero alemán se prepara de antemano, y recibe una educación adecuada; interviene con frecuencia desde el período de su estudiantazgo en discusiones y en solemnidades en los congresos católicos, sigue con atención el movimiento social y político de la población que le rodea, estudia con ahinco no sólo las ciencias eclesiásticas, sino, entre otras muchas, y muy especialmente, las cuestiones sociales que hoy se agitan en el mundo, y á cuya práctica solución hemos visto que contribuye de modo eficaz, y en

relación constante y directa con las clases populares y con las más elevadas en el orden social, conserva entre todas una influencia y un prestigio que le sirve en gran manera para ejercer la misión apostólica de su sagrado ministerio.

III

Si grande ha sido la intervención del clero católico alemán en la política, no ha sido menor en la prensa periódica, campo anchísimo en que pueden y deben moverse los católicos de acción en los actuales tiempos en que el desarrollo del periodismo hace de él un arma terrible que constantemente manejan los más perversos para causar males sin cuento. Alguien ha dicho con razón sobrada, que si San Pablo hubiera vivido en nuestro tiempo hubiera sido periodista, porque realmente no hay en nuestros días un medio de propaganda tan eficaz ni un arma de lucha tan terrible como el periódico.

Los venticinco soldados de Gutenberg, como llaman los socialistas á las letras del alfabeto, constituyen hoy el ejército más poderoso de la tierra.

«Por su baratura—dice Mr. E. Pierret¹—la pren-

1 En un interesantísimo artículo titulado «La Presse en France», publicado en *La Reforma Social*, número de 1.º de Marzo de 1903, en el que pone de manifiesto la venalidad de la prensa francesa con pruebas que cada día van siendo, por desgracia, más aplicables á una gran parte de la prensa española.

sa penetra en los senos más profundos de la población.

Por su acción cotidiana su influencia se extiende hasta los últimos límites de todas las clases y de todas las categorías sociales. Nada se resiste á una presión continua de cada día, de todo el año. Las tres cuartas partes y media de los suscriptores de un periódico aceptan las ideas de su periódico. Si esto no sucede en el primer mes acaecerá al final del primer año, porque, como acertadamente observa Mr. Henry Berenger, la omnipotencia del periódico está en que no manda jamás, sino que sugiere siempre. El periódico nos deja libres en apariencia, y sabido es hasta qué punto los franceses son celosos de las apariencias de la libertad. El periódico nos esclaviza haciéndonos creer que nos liberta..... Cada uno de nosotros, demócratas, es un rey rodeado de cortesanos: vuestros periódicos no os dejan conocer la verdad sino en lo que ellos quieren, y cuando os imagináis pensar por vuestra cuenta, pensáis por cuenta de ellos.»

Apenas habrá quien no esté plenamente convencido de esta verdad; pero basta recordar para confirmarse en ella, los males inmensos que los periódicos sectarios y de empresa han acarreado á nuestra pobre España. ¿Quién no recuerda aquella campaña seguida por *El Imparcial* muy principalmente, que hizo que la opinión arrastrase al Gobierno á una guerra temeraria en que perdimos nuestras colonias, nuestro dinero y nuestro prestigio, porque esa prensa hizo creer que contábamos con medios que en realidad no teníamos para

oponernos al poder de los Estados Unidos? ¿Qué persona medianamente sensata no presenció con asco los estallidos de un movimiento de opinión fingido, creado con su cuenta y razón, por supuesto, por periódicos como *El Imparcial*, *El Heraldo*, *La Correspondencia* y otros más marcadamente sectarios, puestos todos al servicio de las logias y al de algunos políticos que ambicionaban el poder, y que no encontraron medio más decoroso para obtenerle que á principios del año 1901 apedrear conventos y cometer toda clase de tropelías? ¡Y como pretexto de esta campaña se tomó el que una joven, por su propia voluntad, quiso entrar en una casa religiosa á disgusto de su familia, y que en un teatro de Madrid se representó un *dramón* que, á no haber sido por la prensa, hubiera pasado inadvertido! Y bien recientemente ¿no causó la indignación de toda persona honrada el ver cómo los periódicos rotativos, tomando pretexto de tristes sucesos acaecidos en la Universidad de Salamanca, excitaban descaradamente á la sedición á los estudiantes y á las turbas desarra- padas, maltrataban é injuriaban groseramente á los agentes de la autoridad, que se veían precisados á usar de la fuerza para restablecer el orden, y trataban de héroes y casi de mártires á los agitadores que los resistían, dando con esta conducta motivo á motines escandalosos y á derramamiento de sangre? ¡Y pensar que todo esto se hubiera tal vez ahorrado con el restablecimiento de algunas subvenciones suprimidas por el ministro de la Gobernación y con apoyar á algunos periodistas en sus pretensiones de ser diputados!....

El mismo Mr. E. Pierret ¹, entre otros hechos curiosos que demuestran la fe que puede darse á cierta prensa y que confirman lo que el mismo dice que esa prensa es una gran prostituta que se entrega á quien la paga refiere que á pesar de ser tan aficionada á dar toda clase de noticias sensacionales, guardó absoluto silencio durante dos años acerca de las horribles matanzas de cristianos en Armenia, y el espectáculo de trescientas mil víctimas fué menos poderoso para que los periódicos rompieran el silencio que el dinero del Sultán para que le guardasen cuidadosamente. Sesenta y dos millones confesó Cavour que había dedicado á comprar en el extranjero la prensa que se puso de parte de la unidad italiana, y Bismarck declaró en el Reichstag que todos sus esfuerzos después de la victoria de Sadowa se habían encaminado á conseguir que se ignorasen en Francia los armamentos y preparativos militares que Prusia hacía y á tener á los franceses en una falsa seguridad. Cuando llegó el momento—decía el Canciller,—no tuve que hacer otra cosa que suprimir las subvenciones á los periódicos franceses; entonces se mostraron muy patriotas, abogaron por la guerra y me ayudaron á hacerla estallar.

Si no hubiera otros muchos hechos que demostrasen la gran influencia del periodismo, bastarían los citados; lo extraño y lamentable es que aún haya católicos y (pena da decirlo) aun sacerdotes que sin tener razones de gran necesidad ó conveniencia que lo justifiquen, sigan suscritos á esos

¹ Artículo antes citado.

periódicos conocidamente entregados al dinero de las logias y de la banca judía que hacen campañas tan asquerosas, que se ponen en marcada oposición con las doctrinas de la Iglesia, que desprecian y hasta se burlan de las enseñanzas del Romano Pontífice y persiguen de muerte, aunque á veces con alardes de imparcialidad y rectitud, propios tan solo para engañar á algunos tontos, á personas é instituciones de la Iglesia bendecidas y recomendadas mil veces por ella, y llaman obscurantismo á la enseñanza católica y presentan á la Iglesia como enemiga de la libertad, porque no saben ó no quieren saber ni lo que es la libertad ni lo que es la Iglesia; periódicos que á pesar de que se esmeran en poner al corriente á sus lectores hasta de los menores detalles de todos los crímenes y asquerosidades que en el mundo se cometen, guardan siempre silencio acerca de lo mucho bueno que podrían decir de cosas y personas católicas, y si alguna vez rompen ese silencio, es cuando tienen ocasión de decir algo que los perjudique ó de verter alguna especie calumniosa que cuidan de no rectificar, ó ponen cuando más la rectificación en sitio que no se lea; que llaman á los católicos radicales de la derecha, poniéndolos en parangón con los anarquistas más exaltados, á quienes llaman radicales de la izquierda.

«Lo que me aflige como sacerdote y como ciudadano — decía el P. Félix ¹ — es ver no se cuantos hombres que se llaman á sí mismo conservadores, y aun religiosos, haciéndose cómplices in-

¹ *El socialismo ante la sociedad*, tercera conferencia.

directos, y quizás *inconscientes*, de la prensa armada contra la sociedad y contra la Religión. ¡Lo que me causa una dolorosa estupefacción, es ver como por la lectura imprudente del periódico y por la suscripción á él, más imprudente aún, la prensa encarnizada que procura batir en brecha el orden social, gracias á nuestras complicidades indirectas, halla en el mismo mundo conservador recursos con que atacarnos!»

Y lo más triste es que por la falta de apoyo de esos mismos católicos, ó no haya prensa católica ó esta arrastre una vida lánguida y sea impotente para oponerse á la infame propaganda de la prensa marcada ó embozadamente sectaria. Tal conducta, no hay para qué ocultarlo, es en gran manera criminal, y tengo para mí que en el momento en que comparezcamos ante el Juez Supremo para ser juzgados, se nos ha de pedir estrecha cuenta de qué periódicos leímos y á cuál prestamos nuestro apoyo pecuniario. ¡Qué importa una suscripción más ó menos!, se dice por muchos para justificar su conducta; pero si cada uno suprimiese la suya al periódico hostil al Catolicismo y la llevase al periódico católico, ¿sería ó no sería de importancia? Sobre todo en los deberes individuales no constituye disculpa á nuestra falta en ellos lo que los demás hagan, ni sus actos atenúan nuestra obligación. Cuéntase que preguntado San Pedro Alcántara por el conde de Oropesa cómo se remediarían los profundos males que traían desorganizada á la Iglesia y á la sociedad, le contestó: «Seamos V. M. y yo lo que debemos ser, y entonces podremos tanto con Dios que le moveremos á

remediarlos, ó por lo menos, el mundo estará ya remediado por nuestra parte.» Si cada uno de los cristianos hiciera esto, no habría remedio más eficaz.

Lamentándose en una pastoral reciente el señor arzobispo de Burgos del culpable abandono en que los católicos españoles tienen lo que á la prensa católica se refiere, dice:

«Pero aún es más doloroso y repugnante que los hijos de la Iglesia sostengan el látigo que cruza y ensangrienta el rostro purísimo de su madre, que los que visitan los templos alimenten y aviven el fuego encendido para devorarlos, que los que se dicen amigos del clero sean suscriptores de papeles que hacen gala de llamarse anticlericales. No hay razón suficiente á abonar tan incalificable proceder.

»Pequeña cantidad es la de cinco céntimos cada día; pero muchos granos de arena forman un monte y muchas gotas de agua componen un mar: si todos los católicos dejasen de comprar á la vez los diarios indignos de su protección, no podrían éstos gastar las cuantiosas sumas que les permiten gloriarse de su extensa información telegráfica; aparte del mal ejemplo que se da y de la propaganda que en ocasiones, aun sin notarlo, se hace con suscribirse á un periódico ó sólo con leerlo. Por muy sólidamente cimentadas que se tengan las creencias religiosas, corren mucho peligro con la lectura diaria de la mala prensa: es esta una gota que concluye por horadar la más dura peña cayendo sobre ella constantemente, un veneno lento y mortífero al cual se habitúa la naturaleza para